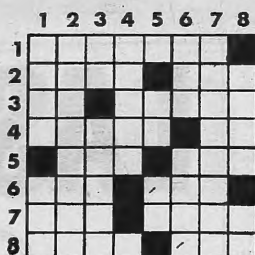


Con censura 15

Las palabras que corresponden a las definiciones se introducen normalmente en el cuadro, salvo por un pequeño detalle: hay una letra, siempre la misma, que debe saltarse cada vez que aparece. Ejemplo: si la letra censurada fuera la R, una palabra como PERRERA entraría en el cuadro como PEEA.



HORIZONTALES

- Omóplato.
- Imagen sagrada de los ortodoxos. / Comida con que se engorda o atrae a los animales.
- Símbolo químico del níquel. / Brillaban, resplandecían.
- Terminar, perfeccionar. / Símbolo del litio.
- Orate, demente. / Empapé.
- Acuna, mueve de un lado al otro.
- Tercer hijo de Adán y Eva. / Camina con rapidez.
- Fuego, ardor. / Frutos de ciertas palmas.

VERTICALES

- Carne salada y ahumada para conservarla. / Morada, vivienda.
- Perteneciente a la sociedad.
- Ferreo. / Bosquejo.

SOLUCION 14

Letra censurada: La T.

Horizontales: 1) Total / Afán. 2) Latón / Rb. 3) Editorial. 4) Ro / Tatuaje. 5) Tábanos. 6) Batel. 7) Abnegado. 8) Tasa / Ten.

Verticales: 1) Toleraban. 2) Atado / Ab. 3) Loti / Atenta. 4) Notables. 5) Ruta / Ga. 6) Fritanga. 7) Abajo / De. 8) Lesión.

- Natural de Polonia.
- Ciudad caldea, patria de Abrahán. / Símbolo químico del molibdeno.
- Pasé la vista por lo escrito. / Dícese de las armas blancas.
- Hidalgo de calificada nobleza.
- Onix, ágata listada. / Existe.

Verano/12

Sueños de verano

MADRE E HIJA

(Por Josep-Vicent-Marqués) La misma tonalidad dorada en una melena igualmente corta y lacia. Los mismos ojos verdes. La misma forma de echar la cabeza hacia atrás al reírse.

El no puede evitar acercarse a ella y decirle:
—Hola, Marie-France.

De repente se echa a reír y corrige:

—Perdona. Tú debes ser la hija de Marie-France.

Ahora es ella quien ríe y dice:

—No, soy Marie-France.

Suena una canción del Dúo Dinámico y bailan.

El no entiende nada y no se atreve a preguntar. Acepta que está soñando. Siguen bailando canciones de los años sesenta.

—¿Vamos a la playa? —pregunta él.

Ni se da cuenta de que el camarero le ha pedido por las consumiciones precios de 1988.

Se cogen de la cintura como en el verano de 1964, y es un sesientos quien los une para siempre.



En la ciudad de Concepción de Uruguay, a los diez y siete días del mes de agosto de mil ochocientos setenta y uno, el señor juez en primera instancia en lo criminal, doctor Sebastián J. Mendiburu, acompañado de mí el infrascripto secretario de Actas se constituyó en la Sala Central del Juzgado Municipal a tomarle declaración como testigo en esta causa al acusado Robustiano Vega, el que previo el juramento de decir verdad de todo lo que supiere y le fuere preguntado, lo fue al tenor siguiente:

—Lo que ustedes no saben es que ya estaba muerto desde antes. Por eso yo quiero contar todo desde el principio, para que no se piense que ando arrepentido de lo que hice, que una cosa es la tristeza y otra distinta el arrepentimiento, y lo que yo hice ya estaba hecho y no fue más que en favor, algo que sólo se hace para aliviar, algo que no le importa a nadie. Ni al General.

Porque para nosotros estaba muerto desde antes. Eso ustedes no lo saben y ahora arman este bochínche y andan diciendo que en los Bajos de Toledo tuvimos miedo. Que lo hicimos por miedo. A nosotros decirnos que fue por miedo a pelear. A nosotros, que lo corrimos a don Juan Manuel y a Oribe y a Lavalle y al manco Paz. A nosotros que estuvimos, aquella tarde, en Cepeda, cuando el General nos juntó a todos los del Quinto en una lomada y el sol le pegaba de frente, iluminándolo, y dijo que si los porteños eran mil alcanzaba con quinientos. "Porque con la mitad de mis entrerrianos los espanto", dijo el General, y el sol le achicaba los ojos.

En aquel tiempo ya teníamos casi diez años de saber qué cosa es no haber escapado nunca, qué cosa es galopar y galopar como rebotando y sentir la tierra abajo que retumba y arremete a los gritos mientras los otros son una polvareda chiquita, como si uno los corriera con la parada.

En ese entonces pelear era casi una fiesta y cuando nos juntábamos era para una fiesta y no para morir. Se escuchaba un galope tendido a lo lejos que se venía, déle agrandarse, hasta que cruzaba el pueblo sin parar, avisándonos. Ahí no más las mujeres empezaban a lloriquear y a veces daba pena por las cosechas o porque los animales estaban de cría o uno se acababa de juntar y había que dejarla con ganas, porque el General decía que para pelear como es debido no hay que tener a la mujer con uno; porque llevar a la mujer a la rastra no es de hombre. El era el único en llevar mujer, pero el General era distinto y precisaba mujer por la misma razón que nosotros no la necesitábamos.

Todo Entre Ríos se quedaba pelado cuando nos íbamos. Era una cosa de no verse nadie por ningún lado, como si fuera de noche, que no se ve ni un alma, ni un caballo, nada, porque todos andábamos peleando. Hubo veces que volvíamos con lo puesto y era fiero rejuntrar los animales y a veces el yuyo lo había tapado todo y era triste de mirar. Por eso mienten los porteños cuando dicen que cada uno de los soldados de la Confederación era dueño de una estancia. Mienten, y yo quiero que usted anote que ellos mienten, para que se sepa. Mienten porque nosotros somos muchos y Entre Ríos no da tierra para todos. Por lo menos tierra que sirva, porque la que está en los bañados nadie la quiere, y la otra, entre la que es del General y la que el General le regaló a los oficiales, no queda tierra ni para morir encima. Pero los porteños vienen mintiendo desde hace mucho y no tienen ni idea de lo que pasa por aquí. Ellos no conocen eso que nos daba de juntarnos casi todos los entrerrianos en dos días para preguntarle

al General a quién había que espantar. Eso de ver llegar hombres de todos los sitios, que para donde uno mira hay caballos, y el General con el poncho blanco, esperando.

Por eso los que hablan que tuvimos miedo no saben nada y seguro son porteños. No conocen el orgullo que da ser los mejores. No saben que todo pasó por ese mismo orgullo. Aquella alegría que nos dio la vez que hicimos las cien leguas que van de Ubajay a Pago Largo en un solo galope que duró nueve días enteros. Fue cuando Oribe y hubo que domar potros en el camino porque la mitad se nos reventó en la galopada aquella, con el sol siempre encima y uno corría y corría, como para escaparle. Eso nos pareció, que le disparábamos al sol que se nos metía adentro de la piel, que nos llenaba la cabeza de polvo y de cansancio y seguro que fue lo que nos hizo andar tan ligero. Cuando llegamos, el Uruguay estaba en crecida. Debía estar lloviendo lejos, porque así el cielo, lastimaba de tan claro mientras nos amontonábamos en la orilla y el río estaba tan ancho que no se alcanzaba a divisar más que la sombra de los sauces del otro lado. Estaba lleno de troncos y basura que cruzaban saltando, y cuando no había troncos el agua se quedaba quieta y marrón, parecida a la tierra. Nos quedamos mirando y mirando, hasta que el sargento Reyes fue y le dijo al General lo que pensábamos todos. Se acercó y sin bajarse del caballo, se lo dijo. El General galopó de una punta a otra y levantaba el sombrero en la mano, como agradeciendo. El agua empujaba que metía miedo y había que afirmarse despacio y era jodido nadar llevando el caballo del mancador, y el agua estaba tibia y de golpe cortaba de tan fría y cada tanto alguno daba un grito y una voltereta y aparecían las patas del caballo y la panza y era que se lo llevaba la corriente y ése no salía más, por lo menos hasta el Salado. Cuentan que el río estaba gris porque nosotros lo cubríamos; tantos éramos que en vez de agua parecía lleno de entrerrianos. Estuvimos cerca de una hora hasta poder afirmar los pies en el barro. Dicen que el General se fue por una hondonada y por poco se ahoga. Que manoteó feo y terminó prendido a un tronco. Eso dicen, pero algunos lo vieron del otro lado, lo más calmo y no sofocado como nosotros, que respirábamos abriendo la boca, porque el que más él que menos había sentido el gusto a aceite tibio del agua revolviéndole las tripas.

—¿Quién dice que no es de esto de lo que tengo que hablar? Si fue por eso que yo lo hice y por estas cosas entendió el General que no era al miedo a lo que nosotros le cuerpoamos, la noche aquella, en los Bajos. Lo supo por estas cosas y porque él, de nosotros, lo sabía todo. Por lo menos mientras fue el de siempre, antes que lo cambiaran, mientras fue el de siempre y peleó a ganar y mandó a ganar. Mientras arremetió con nosotros, en las cargas, él también con lanza y al galope punteando, igual que cualquiera. Mientras lo vimos llegarse a los festejos y entreverarse, como si le gustara. Y uno lo sentía mandando, no porque fuera el General, sino porque tenía un modo de mirar, con esos ojos amarillos, que ya estaba mandando sin decir nada, a pesar de que bailara con nosotros, en el rancharito. Me acuerdo la tarde que lo desafió a Dávila, que tenía un alazán invicto, y la corrieron en el arroyo seco y todos estábamos con Dávila, que entró tranquilo y el General se reía, como si fuera un desfile. Cuando la corrieron lo único que supo fue que el General era mucho jinete pero que contra el alazán de Dávila no se podía. Nadie se lo olvida aquella noche, tan caliente con la mujer del Payo que era rubia y de ojos parecidos a los de él y nunca se supo de dónde la había traído. Eso le preguntó el General:

—¿De dónde la sacó, Chávez? Está muy buena su mujer.

Que la quería con él.

—Es mucha mujer para vos —se oyó, y dicen que venía medio pasado de caña.

El Payo se estaba quieto y lo miraba sin levantarse, como diciendo: "Usted dice así, mi general, porque es el que manda", y entonces le preguntó si tenía algo que decir.

—¿Tiene algo que decir, Chávez? —y la voz se quedó como colgada en el aire porque ya no había música, nada más que el silencio, cuando lo dijo, con esa voz suya acostumbrada a mandar.

Cuentan que el Payo le contestó casi en voz baja:

—Usted se le anima a mí mujer porque es el que manda, mi general.

—¿Usted cree, Chávez? —y que se viniera con él y movió un brazo así, como sin ganas,

LAS ACTAS

Por R



señalando la oscuridad, a ver cuál de los dos se equivocaba.

Se metieron entre los árboles. Nosotros nos quedamos en medio de toda la luz. No se escuchaba otra cosa que el viento moviendo las hojas y un olor a cuero sudado o a naranjas y la mujer del Payo se retorció las manos, y cuando el General salió, ya era viuda del Payo y mujer del General.

—No, señor. Y por eso estábamos con él. Porque siempre hizo lo que era debido y daba gusto pelear por él, que era como nosotros, que había empezado de abajo y lo hizo todo con el coraje, desde el tiempo en que empezó a arrear caballos entre los indios, cuando recién andaba por los veinte y ya no se le podían contar ni los hijos, ni las leguas.

—Seguro que sí, pero distinto. Como si le hubiera quedado la envoltura, el cuero nada más y por adentro todo revuelto. A nosotros nos daba como indignación. Hubo gente que se trenzó para desagraciarlo cuando por allí empezaron a decirlo, especialmente después de lo de Pavón. Castro fue el primero que dejó boqueando a un correntino que había dicho que el General estaba viejo.

—Está vendido a Mitre —cuentan que dijo, y Castro, casi con desgano, lo hizo salir del boliche y el otro le decía: —Lo dije en joda, hermano, lo dije en joda —con los ojos

agrandados por la falta de coraje.

Cuando lo dejó tendido a todos nos vino la tranquilidad, pero era como si empezaran a decirnos lo que andábamos sabiendo: que el General estaba como muerto.

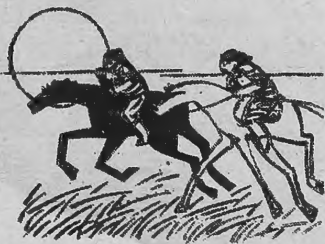
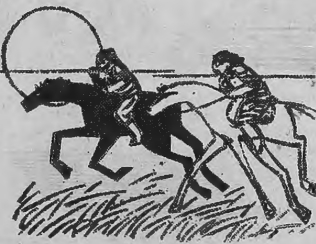
Algunos dicen que todo empezó cuando mataron el Sauce, un torcillo que era un luz, y se lo mataron por casualidad. Cuenta que se estuvo agachado, él que no era aflojar, déle mirarlo, y que le acariciaba cogote como un asco, mientras se le moría. Después se empezó a encorvar y de golpe remató con un tiro entre los ojos.

Cuando se alzó pidiendo "Un caballo que aguante, carajo", ya era otro y están los que dicen que lloraba, pero eso no, porque era hombre para eso, para cambiar porque falta el caballo.

—En el fondo, ninguno de nosotros sabe de dónde le nacían las ganas de hacer esas cosas que no podían gustarle ni a él. Lo quedarse con las tierras de las viudas, querer llevarnos a pelear contra los porteños, que nunca nos hicieron nada, y al lado de Mitre. Y eso con los desertores de la guerra que los lanceáramos en seco, igual que los indios. Los amontonó en el corral grande nos hizo formar sobre la avenida, como para una diversión. Los iba largando de a uno, después elegía a cualquiera de nosotros, con la mirada. Nos achicábamos sobre el caballo porque era sucio eso de verlos correr y correr solos y al sol, en medio de la calle, desfilados por el miedo, cada vez más cerca, igual que si retrocedieran, hasta meterse en la panza del caballo. Allí se tiraban suelo o empezaban a retorcerse y a gritar, vantando los brazos como si uno pudiera hacer otra cosa que partirlos de un puntazo.

Pasamos la tarde entera en esas corridas hasta que terminamos acostumbrados a los gritos y al olor de la sangre. Y se fueron quedando tendidos, como trapos al sol, una fila despareja que bordeaban la laguna.

—No, señor. Ninguno de nosotros sabe. Pero se notaba. Hasta que vino lo de Pavón que fue como si buscara humillarnos. Hacíanos vadear el río para escapar, medio escondidos, y dejarle a los porteños la de ganar si ni siquiera un apronto. Irnos así, callados con las ganas, es lo que da vergüenza. Eso



LAS ACTAS DEL JUICIO

Por Ricardo Piglia



En la ciudad de Concepción de Uruguay, a los diez y siete días del mes de agosto de mil ochocientos treinta y uno, el señor juez en primera instancia en la criminal, doctor Sebastián J. Mendiora, acompañado de mi, el infrascripto secretario de Actas se constituyó en la Sala Central del Juzgado Municipal a tomar declaración como testigo en esta causa al acusado Robustiano Vega, el que previo el juramento de decir verdad de todo lo que supiere y fuere preguntado, lo fue al tenor siguiente:

—Lo que ustedes no saben es que ya estaba muerto desde antes. Por eso yo quiero contar todo desde el principio, para que no se piense que ando arrepentido de lo que hice, que una cosa es la tristeza y otra distinta el arrepentimiento, y lo que yo hice ya estaba hecho y no fue más que en favor, algo que solo se hace para aliviar, algo que no le importa a nadie. Ni al General.

Porque para nosotros estaba muerto desde antes. Eso ustedes no lo saben y ahora arman este bochínche y andan diciendo que en los Bajos de Toledo tuvimos miedo. Que lo hicimos por miedo. A nosotros decimos que fue por miedo a pelear. A nosotros, que lo corrimos a don Juan Manuel y a Oribe y a Lavalle y al manco Paz. A nosotros que estuvimos, aquella tarde, en Cepeda, cuando el General nos juntó a todos los del Quinto en una lonchera y el sol le pegaba de frente, llamándolo, y dijo que si los porteros eran mil alcanzaba con quinientos. "Porque con la mitad de mis enterrios los espanto".

En ese entonces pelear era casi una fiesta y cuando nos juntábamos era para una fiesta y no para morir. Se escuchaba un galope tendido a lo lejos que se venía, de adelante, hasta que cruzaba el pueblo sin parar, avisándonos. Ahí no más las mujeres empezaban a llorar y a veces daba pena por las cosechas o porque los animales estaban de hambre o uno se acababa de juntar y había que dejarle con ganas, porque el General decía que para pelear es como es debido no hay que tener a la mujer con uno; porque llevar a la mujer a la rastra no es de hombre. El era el único en llevar mujer, pero el General era distinto y precisaba mujer por la misma razón que nosotros no la necesitábamos.

Todo Entre Ríos se quedaba pelado cuando nos íbamos. Era una cosa de no verse nada por ningún lado, como si fuera de noche, que no se ve ni un árbol ni un caballo, nada, porque todos andábamos pelados. Hubo veces que volvimos con lo puesto y era fiero reunir los animales y a veces el yuyo lo había tapado todo y era triste de mirar. Por eso mienten los porteros cuando dicen que cada uno de los soldados de la Confederación era dueño de una estancia. Mienten, yo lo quiero que usted ante que ellos mienten, para que se sepa. Mienten, porque nosotros somos muchos y Entre Ríos no da tierra para todos. Por lo menos tierra que sirva, porque la que está en los bahados nada le quiere, y la otra, entre la que es del General y la que el General le regaló a los oficiales, no queda tierra para morirse encima. Pero los porteros vienen mintiendo desde hace mucho y no tienen ni idea de lo que pasa por aquí. Ellos sí conocen eso que nos daba de juntarnos casi todos los enterrios en dos días para preguntarle

al General a quién había que espantar. Eso de ver llegar hombres de todos los sitios, que para donde uno mira hay caballos, y el General con el poncho blanco, esperando.

Por eso los que hablan que tuvimos miedo no saben nada y seguro son porteros. No conocen el orgullo que da ser los mejores. No saben que todo pasó por ese mismo orgullo. Aquella alegría que nos dio la vez que hicimos las cien leguas que van de Ubajay a Pago Largo en un solo galope que duró nueve días enteros. Fue cuando Oribe y hubo que domar porcos en el camino porque la mitad se nos reventó en la galopada aquella, con el sol siempre encima y uno corría y corría, como para escapar. Eso nos pareció, que le disparáramos al orgullo que se nos metía dentro de la piel, que nos llenaba la cabeza de poho y de cansancio y seguro que fue lo que nos hizo andar tan ligero. Cuando llegamos, el Uruguay estaba en crecida. Debía estar lloviendo lejos, porque así el cielo, lastimaba de tan claro mientras nos amontonábamos en la orilla y el río estaba tan ancho que no se alcanzaba a divisar más que la sombra de los sauces del otro lado. Estaba lleno de troncos y basura que cruzaban saltando, y cuando no había troncos el agua se quedaba quieta y marrón, parecía a la tierra. Nos quedamos mirando y mirando, hasta que el sargento Reyes fue y le dijo al General lo que pensábamos todos. Se acercó y sin bajarse del caballo, se lo dijo. El General galopó de una punta a otra y levantaba el sombrero en la mano, como agradeciendo. El agua empujaba que metía miedo y había que afirmarse despacio y era jodido nadar llevando el caballo del maderador, y el agua estaba tibia y de golpe cortaba de tan frío y cada tanto alguno daba un grito y una voltereta y aparecían las patas del caballo y la panza y era que se lo llevaba la corriente y ya no salía más, por lo menos hasta el Salado. Cuentan que el río estaba gris porque nosotros lo cubríamos; tanto eran que en vez de agua parecía lleno de enterrios. Estuvimos cerca de una hora hasta poder afirmar los pies en el fondo. Dicen que el General se fue por una honrada y por poco se ahoga. Que manoteó feo y terminó prendido a un tronco. Eso dicen, pero algunos lo vieron del otro lado, lo más calmo y no sofocado como nosotros, que respirábamos abriendo la boca, porque el que más el que menos había sentido el gusto a aceite tibia del agua revolviendo las iras.

—¿Quién dice que no es de esto de lo que tengo que hablar? Si fue por eso que yo lo hice y por estas cosas entendió el General que no era al miedo a lo que nosotros le cuepamos, la noche aquella, en los Bajos. Los supo por estas cosas y porque él, de nosotros, lo sabía todo. Por lo menos mientras fue el de siempre, antes que lo cambiaran, mientras fue el de siempre y pelo a ganar y mando a ganar. Mientras arremetió con nosotros, en las cargas, él también con lanza y al galope y cuando se iba, como si fuera una Mientras lo vimos llegar a los festejos y entreverase, como si le gustara. Y uno lo tenía mandando, no porque fuera el General, sino porque tenía un modo de mirar, como los amanillos, que ya estaba mandando sin decir nada, a pesar de que bailara con nosotros, en el rancharito. Me acuerdo la tarde que lo desafió a Dávila, que tenía un alazán invicto, y la corrieron en el arroyo seco y todos estaban con Dávila, que entró tranquilo y el General al fin como si fuera un desfile. Cuando la corrieron lo único que supo fue que el General era mucho jineté pero que contra el alazán de Dávila no se podía. Nadie se lo olvidó aquella noche, tan caliente con la mujer del Payo que era rubia y de ojos parecidos a los de él y nunca se supo de dónde la había traído. Eso le pregunto el General.

—¿De dónde la sacó, Chávez? Está muy buena la mujer.

—Que la quería con él.

—Es mucha mujer para vos —se oyó, y dicen que venía medio pasado de caña.

El Payo se estaba quieto y lo miraba sin levantarse, como diciendo: "¿Usted dice así, mi general, porque es el que manda?", y entonces le preguntó si tenía algo que decir.

—¿Tiene algo que decir, Chávez? —y la voz se quedó como colgada en el aire porque ya no había más que decir.

Cuentan que el Payo le contestó casi en voz baja:

—Usted se le anima a mí mujer porque es el que manda, mi general.

—¿Usted cree, Chávez? —y que se viniera con él y movió un brazo así, como sin ganas,

señalando la oscuridad, a ver cuál de los dos se equivocaba.

Se metieron entre los árboles. Nosotros nos quedamos en medio de toda la luz. No se escuchaba otra cosa que el viento moviendo las hojas y un olor a cuero sudado o a naranjas y la mujer del Payo se refocila las manos, y cuando el General saltó, ya era viuda del Payo y mujer del General.

—No, señor. Y por eso estábamos con él. Porque siempre hizo lo que era debido y daba gusto pelear por él, que era como nosotros, que había empezado de abajo y lo hizo todo con el coraje, desde el tiempo en que empezó a arrastrar caballos entre los indios, cuando recién andaba por los veinte y ya no se le podían contar ni los hijos, ni las leguas.

—Seguro que sí, pero después, como si le hubiera quedado la envoltura, el cuero nada más y por dentro todo revuelto. A nosotros nos daba como indignación. Hubo gente que se trenó para desaguarlo cuando por allí empezaron a decirlo, especialmente después de lo de Pavón. Castro fue el primero que dejó boqueando a un correntino que había dicho que el General estaba vivo.

—Está vendido a Mitre —cuentan que dijo Castro, así con desdén, lo hizo salir de la boca del otro le decía: —Lo dije en el día, hermano, lo dije en joda —con los ojos

agrandados por la falta de coraje.

Algunos dicen que todo empezó cuando le mataron el Sauce, un torlillo que era una luz, y se lo mataron por casualidad. Cuentan que se estuvo agachado, el que no era de aflojar, del mirarlo, y que le acariciaba el cogote como un asco, mientras se le moría.

Después se empezó a encorvar y de golpe lo cubrió con un tiro entre los ojos.

Cuando se alzó pidiendo "Un caballo que aguarde, carajo", ya era otro y están los que dicen que corrió, pero eso no, porque no era hombre para eso, para cambiar porque le falta el caballo.

—En el fondo, ninguno de nosotros sabe de dónde le nacían las ganas de hacer esas cosas que no podían gustarle ni a él. Lo de quedarse con las tierras de las viudas. O querer llevarnos a pelear contra los paraguayos, que nunca nos hicieron nada, y al lado de Mitre, y eso con los desertores de hacer que los lancéramos en seco, igual que a indios. Los amontonó en el corral grande y nos hizo formar sobre la avenida, como para una diversión. Los iba largando de a uno y después elegía a cualquiera de nosotros, con la mirada. Nos achabamos sobre el caballo porque era sucio eso de verlos correr y correr solos y al sol, en medio de la calle, desparramados por el miedo, cada vez más cerca, igual que si retrocedieran, hasta meterse bajo la panza del caballo. Allí se tiraban al suelo o empezaban a retorcerse y a gritar levantando los brazos como si uno pudiera hacer otra cosa que partirlos de un puntazo.

Pasamos la tarde entera en esas corridas hasta que terminamos acostumbrados a los gritos y al olor de la sangre. Y se fueron quedando tendidos, como trapos al sol, en una fila desapareja que bordeaban la laguna.

—No, señor. Ninguno de nosotros sabe. Pero se notaba. Hasta que vino lo de Pavón, que fue como si buscara humillarnos. Hacerlos vadear el río para escapar, medio escondidos, y dejarse a los porteros a la ganancia sin ni siquiera un apuro. Inrocas, callados y con las ganas, es lo que da vergüenza. Eso de

quedarnos viendo cuando el coronel Olimos (que fue de los que aguantaron la vez de la emboscada en Corral Chico) se le acerca y le dice:

—Con respeto, mi general y perdone. ¿Por qué la retirada?

Y él, con la cara hundida en las arrugas, lo hace meter en el cepo, nada más que por la pregunta.

Ninguno de nosotros sabe lo que es andar todo el día y toda la noche, de un tirón, hasta entrar en Entre Ríos, como si ellos nos vieran corriendo, siendo que veníamos enteros y con eso adentro que nos daba vuelta de pensar que los porteros pudieran decir que como si los necesitara, con todo embarrado por la ventana se veía la luz y la mesa cubierta de porteros y el General disimulando en el medio y vestido como ellos. Cuentan que los porteros decían las cosas, hablaban de ferrocarriles y del puerto y de la Patria, siempre con la voz del que ordena. Y el General los escuchó callado, como si anduviera con sueño.

Al otro día nos hizo desfilir delante de esos soldados, que se metían el pañuelo en la boca cuando levantamos polvareda, al galopar. Y así anduvimos, de a lado a otro, festejándonos, como si no fueran los mismos.

Calderón los que vamos a empujar hasta el río y a enseñar lo que somos los enterrios, enseñarles que cosa es la Patria y qué cosa es ser Federal", como nos dijo aquella vez, tan quieto en el durillo, después de Caseros, antes de entrar a firearnos por Buenos Aires, todos con la cinta punz y al trote, despacio no más, para que se aprendieran.

Como si no fueran los mismos.

—Fue por todo eso que yo lo hice. Pero ya había sucedido antes, la noche aquella en los Bajos de Toledo, mientras la lluvia no nos daba respirar ocupando todo el aire. Esa vez sucedió. Y no fue por diversión. Ni por miedo a pelear, como andan diciendo, sino por coraje y porque el General ya se lo mandaba ni a él. Y esa fue la vez que se lo dije.

Lo que pasó después, es como si no hubiera pasado. Esto es de que todo Entre Ríos ande con voluntad de guerrear y gritando ¡Muera Urquiza! cuando para nosotros, los que peleamos al lado de él, ya estaba muerto desde antes. Esa noche es la que importa. Con el cielo sucio de tierra y los enterros

que nos mandara vestir de gala y esperar la diligencia que viene del Rosario. Estar allí, sobre el camino, con el sol que ya calentando la sangre, delé esperar. Vería aparecer al fondo, contra los montes y después agrandarse y agrandarse. Venirnos de escolta por todo el valle para descubrir que habíamos escoltado nosotros. Lo entendimos cuando bajaron en la Plaza, sacudiéndose la ropa como si con eso se pudiera ahuyentar el polvo que traían pegado al sudor. Nos enteramos que venían del otro lado del Arroyo del Medio sólo por eso de ver cómo estaban vestidos y no porque el General nos avisara. Después pensamos que él los iba a educar, pero los recibí como si los necesitara, con todo embarrado por la ventana se veía la luz y la mesa cubierta de porteros y el General disimulando en el medio y vestido como ellos. Cuentan que los porteros decían las cosas, hablaban de ferrocarriles y del puerto y de la Patria, siempre con la voz del que ordena. Y el General los escuchó callado, como si anduviera con sueño.

Al otro día nos hizo desfilir delante de esos soldados, que se metían el pañuelo en la boca cuando levantamos polvareda, al galopar. Y así anduvimos, de a lado a otro, festejándonos, como si no fueran los mismos.

Calderón los que vamos a empujar hasta el río y a enseñar lo que somos los enterrios, enseñarles que cosa es la Patria y qué cosa es ser Federal", como nos dijo aquella vez, tan quieto en el durillo, después de Caseros, antes de entrar a firearnos por Buenos Aires, todos con la cinta punz y al trote, despacio no más, para que se aprendieran.

Como si no fueran los mismos.

—Fue por todo eso que yo lo hice. Pero ya había sucedido antes, la noche aquella en los Bajos de Toledo, mientras la lluvia no nos daba respirar ocupando todo el aire. Esa vez sucedió. Y no fue por diversión. Ni por miedo a pelear, como andan diciendo, sino por coraje y porque el General ya se lo mandaba ni a él. Y esa fue la vez que se lo dije.

Lo que pasó después, es como si no hubiera pasado. Esto es de que todo Entre Ríos ande con voluntad de guerrear y gritando ¡Muera Urquiza! cuando para nosotros, los que peleamos al lado de él, ya estaba muerto desde antes. Esa noche es la que importa. Con el cielo sucio de tierra y los enterros

Dos libros de cuentos, *La invasión y Nombre falso* —al que pertenece este relato—, y una novela, *Respiración artificial*, fueron suficientes para que muchos consideraran a Piglia como el mejor escritor de su generación. Este texto permite acercarse a esa idea.

manchados por la fogata, me la acuerdo más que a la otra y me duele más, y ninguno de nosotros, de los que estuvo, se la olvidó, porque fue como despedirse.

Soplaba un viento lleno de tormenta que traía como una tristeza y de golpe trajo la lluvia. Una lluvia fina, medio tibia y tan fuerte que nos fue juntando a todos en la lomada, cerca del río. No nos veíamos ni las caras y se escuchaba la lluvia, al olor a sudor o a cuero mojado y los caballos sacudiéndose. Entonces alguno dijo lo de Mitre. Mejor nos volvimos para Entre Ríos, el General ya no sirve, se oyó, y como si con eso lo mandaran a llorar, apareció, no él, sino esa voz suya tan queja.

—¿Qué pasa acá? —dijo.

—Pasa que nos volvemos, mi general.

—¿Y quien carajo ordenó que se vuelvan?

Se escuchó el río que estaba cerca y creciendo. Eso como un trueno que era el río y nada más, porque ninguno sabía constatar quién era el que mandaba volver. Nos quedamos callados, mientras la lluvia nos obligaba a cerrar los ojos y apretarnos en la montura como para no estar, y odiar en medio de una oscuridad que aunque uno abriera los ojos igual no veía más que la lluvia y era como estar solo, encima del caballo, hasta que cruzaba un relámpago como una llamarada y entonces se veía la loma llena de hombres,

igual que si brotaran. Nunca estuve cerca del General, pero le escuché la voz mezclada con el bochínche. Algunos dicen que nos habíamos pero no se entendía más que la lluvia. Hasta que entramos a balcerinos, despacio, para el lado del estriado, y nos metimos en el río que empujaba feo, como la voz de Oribe, y en medio de aquella agua que venía de todos lados, lo escuchamos gritar y a veces, de pronto, era como verlo, con el poncho medio gris, color ceniza parecido a un tronco arrancado de la tierra, tirado en medio del río. Yo no me acuerdo de otra cosa que del agua y de los gritos y de una vez, en medio de la luz de un relámpago, que me pareció verlo y tuve ganas de pedirle que se viniera con nosotros, para Entre Ríos.

Esa fue la vez que lo hicimos.

Lo demás vino porque daba lástima verlo, tan apagado. Hasta las mujeres empezaron a notarlo. Fue en ese momento que se le desapareció la Gringa, que era la mejor mujer de Entre Ríos, y se le escapó con Olimos sin que él liciera más que enterarse.

Por las tardes se pasaba cerca del río, y uno lo miraba de lejos, y era como ver pasar el viento. Se andaba solo y callado y daba pena. Alguna otra cosa ando pasando que no sabemos, algo que viene de lejos y que fue lo que modificó al General. Y de eso parece que no hay quien conozca. Ni entre ustedes.

Yo me lo imaginé de entrada, aquella noche, en la estancia de don Ricardo López Jordán, cuando me preguntaron si me amaban. "¿Te amamos, Vega?", me preguntaron, y yo me quedé quieto y no dije nada. Pedí a los hombres y antes que dudara me apuré a hacerlo, como quien le revienta la cabeza a un potro quebrado.

Me acuerdo que entraron al galope y gritando, para darnos coraje. Los caballos se refulaban en las faldas y los gritos iban y venían por las paredes cuando entraron sin desmontar, atropellando. El apareció de repente, en el fondo del pasillo, solo y medio desnudo, contra la luz. Nos recibió igual que si nos esperara y nos defendió. No hizo más que mirarnos con esos ojos amarillos, como si nos estuviera aprendiendo el alma. No sé por qué yo me acordé de esa tarde, cuando se bajó del durillo después de perder con Dávila. Se estuvo parado allí, justo bajo la luz, con esa camisa que le dejaba las piernas al aire, hasta que lo turbamos.

Cuando Matilde, la hija de la que habíamos ido a buscar, se le tiró encima para defenderlo, yo mismo lo oí decir que no llorara. Y eso fue lo único que hablo esa noche y lo último que hablo en su vida. "No flores ni hijas, que no hay razón", le escuché mientras le buscaba el cuerpo entre los claros que me dejaba el de Matilde, y el General le tenía la escudilla por las arrugas y los ojos quietos en algo, no en mí que estaba muy cerca, en algo más lejos, en la gente de caballo, o en la pared medio descolorida de tanto poner y sacar la bandera.

Y estaba así, con los ojos alzados, la cara escudada por la muerte, la Matilde acostada encima y manchándose de sangre, cuando lo mató.

—Perdone, mi general —le dije, y me apuré buscando el medio del pecho para evitarle el sufrimiento.

Desde Mar del Tuyú, para todo el Partido de la Costa, desde las 8 horas, en forma ininterrumpida, hasta las 22 Avda. 89 N° 213 1° Of. 1

93.8 MHz
DEL MAR

CHOMBAS
REMERAS
BUZOS
Y JOGGER

CHIOZZA Y QUERRINI
HOTEL LUZ Y FUERZA
Local 2 y 3 — San Bernardo

DEL JUICIO

ardo Piglia



Dos libros de cuentos, *La invasión* y *Nombre falso* —al que pertenece este relato—, y una novela, *Respiración artificial*, fueron suficientes para que muchos consideraran a Piglia como el mejor escritor de su generación. Este texto permite acercarse a esa idea.

igual que si brotaran. Nunca estuve cerca del General, pero le escuché la voz mezclada con el bochinche. Algunos dicen que nos hablaba pero no se entendía más que la lluvia. Hasta que entramos a ladearnos, despacio, para el lado del estruendo, y nos metimos en el río que empujaba feo, como la voz de Oribe, y en medio de aquella agua que venía de todos lados, lo escuchamos gritar y a veces, de pronto, era como verlo, con el poncho medio gris, color ceniza parecido a un tronco arrancado de la tierra, tirado en medio del río. Yo no me acuerdo de otra cosa que del agua y de los gritos y de una vez, en medio de la luz de un relámpago, que me pareció verlo y tuve ganas de pedirle que se viniera con nosotros, para Entre Ríos.

Esa fue la vez que lo hicimos. Lo demás vino porque daba lástima verlo, tan apagado. Hasta las mujeres empezaron a notarlo. Fue en ese tiempo que se le desapareció la Gringa, que era la mejor mujer de Entre Ríos, y se le escapó con Olmos sin que él hiciera más que enterarse.

Por las tardes se paseaba cerca del río, y uno lo miraba de lejos, y era como ver pasar el viento. Se andaba solo y callado y daba una especie de indignación.

También por eso lo hice. Para ayudarlo.

Pero hubo otras cosas, porque si no ustedes no armarían este bochinche y yo no estaría hablando de esto que sólo me da pena. Alguna otra cosa anduvo pasando que no sabemos, algo que viene de lejos y que fue lo que modificó al General. Y de eso parece que no hay quien conozca. Ni entre ustedes.

Yo me lo malicié de entrada, aquella noche, en la estancia de don Ricardo López Jordán, cuando me preguntaron si me animaba. "¿Te animás, Vega?", me preguntaron, y yo me quedé quieto y no dije nada. Pedí seis hombres y antes que clareara me apuré a hacerlo, como quien le revienta la cabeza a un potro quebrado.

Me acuerdo que entramos al galope y gritando, para darnos coraje. Los caballos se retalaban en las baldosas y los gritos iban y venían por las paredes cuando entramos sin desmontar, atropellando. El apareció de repente, en el fondo del pasillo, solo y medio desnudo, contra la luz. Nos recibió igual que si nos esperara y no se defendió. No hizo más que mirarnos con esos ojos amarillos, como si nos estuviera aprendiendo el alma. No sé por qué yo me acordé de esa tarde, cuando se bajó del toldillo después de perder con Dávila. Se estuvo parado ahí, justo bajo la luz, con esa camisa que le dejaba las piernas al aire, hasta que lo tumbamos.

Cuando Matilde, la hija de la que había sido mujer del Payo Chávez, se le tiró encima para defenderlo, yo mismo le oí decir que no llorara. Y eso fue lo único que habló esa noche y lo último que habló en su vida. "No llore mi hija, que no hay razón", le escuché mientras le buscaba el cuerpo entre los claros que me dejaba el de Matilde, y el General tenía la cara escondida por las arrugas y los ojos quietos en algo, no en mí que estaba muy cerca, en algo más lejos, en la gente de a caballo, o en la pared medio descolorida de tanto poner y sacar la bandera.

Y estaba así, con los ojos alzados, la cara escondida por la muerte, la Matilde acostada encima y manchándose de sangre, cuando lo maté.

—Perdone, mi general —le dije, y me apuré buscándole el medio del pecho para evitarle sufrimiento.

manchados por la fogata, me la acuerdo más que a la otra y me duele más, y ninguno de nosotros, de los que estuvo, se la olvida, porque fue como despedirse.

Soplaba un viento lleno de tormenta que traía como una tristeza y de golpe trajo la lluvia. Una lluvia fea, medio tibia y tan fuerte que nos fue juntando a todos en la lomada, cerca del río. No nos veíamos ni las caras y se escuchaba la lluvia, el olor a sudor o a cuero mojado y los caballos sacudiéndose. Entonces alguno dijo lo de irnos. Mejor nos volvemos para Entre Ríos, el General ya no sirve, se oyó, y como si con eso lo mandaran a llamar, apareció, no él, sino esa voz suya tan quieta.

—¿Qué pasa acá? —dijo.

—Pasa que nos volvemos, mi general.

—¿Y quién carajo ordenó que se vuelvan?

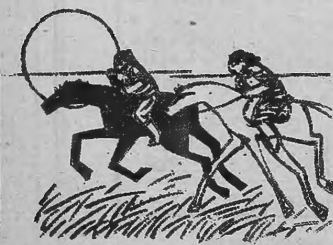
Se escuchó el río que estaba cerca y creciendo. Eso como un trueno que era el río y nada más, porque ninguno sabía contestar quién era el que mandaba volver. Nos quedamos callados, mientras la lluvia nos obligaba a cerrar los ojos y apretarnos en la montura como para no estar, todo en medio de una oscuridad que aunque uno abriera los ojos igual no veía más que la lluvia y era como estar solo, encima del caballo, hasta que cruzaba un relámpago como una llamarada y entonces se veía la loma llena de hombres,

Que nos mandara vestir de gala y esperar la diligencia que viene del Rosario. Estar allí, sobre el camino, con el sol que va calentando la sangre, déle esperar. Vería aparecer al fondo, contra los montes y después agrandarse y agrandarse. Venirnos de escolta por todo el valle para descubrir que habíamos escoltado porteños. Lo entendimos cuando bajaron en la Plaza, sacudiéndose la ropa como si con eso se pudiera ahuyentar el polvo que traían pegado al sudor. Nos enteramos que venían del otro lado del Arroyo del Medio sólo por eso de ver cómo estaban vestidos y no porque el General nos avisara. Después pensamos que él los iba a educar, pero los recibí como si los necesitara, con todo embanderado y por la ventana se veía la luz y la mesa cubierta de porteños y el General disimulando en el medio y vestido como ellos. Cuentan que los porteños decían las cosas, hablaban de ferrocarriles y del puerto y de la Patria, siempre con la voz del que ordena. Y el General los escuchó callado, como si anduviera con sueño.

Al otro día nos hizo desfilar delante de esos sudados, que se metían el pañuelo en la boca cuando levantamos polvareda, al galopar. Y así anduvimos, de un lado a otro, festejándonos, como si no fueran los mismos "Galerudos a los que vamos a empujar hasta el río y a enseñar lo que somos los entrerrianos, enseñarles qué cosa es la Patria y qué cosa es ser Federal", como nos dijo aquella vez, tan quieto en el toldillo, después de Cáseros, antes de entrar a florecarnos por Buenos Aires, todos con la cinta punzó y al trote, despacio no más, para que aprendieran.

Como si no fueran los mismos.

—Fue por todo eso que yo lo hice. Pero ya había sucedido antes, la noche aquella en los Bajos de Toledo, mientras la lluvia no nos dejaba respirar ocupando todo el aire. Esa vez sucedió. Y no fue por divertirnos. Ni por miedo a pelear, como andan diciendo, sino por coraje y porque el General ya no se mandaba ni a él. Y esa fue la vez que se lo dijimos. Lo que pasó después, es como si no hubiera pasado. Esto de que todo Entre Ríos ande con voluntad de guerrear y gritando ¡Muera Urquiza! cuando para nosotros, los que peleamos al lado de él, ya estaba muerto desde antes. Esa noche es la que importa. Con el cielo sucio de tierra y los esteros



Desde Mar del Tuyú,
para todo el Partido de la Costa,
desde las 8 horas, en forma
ininterrumpida, hasta las 22

Avda. 89 N° 213
1° Of. 1

93,8 MHz
fm
DEL MAR

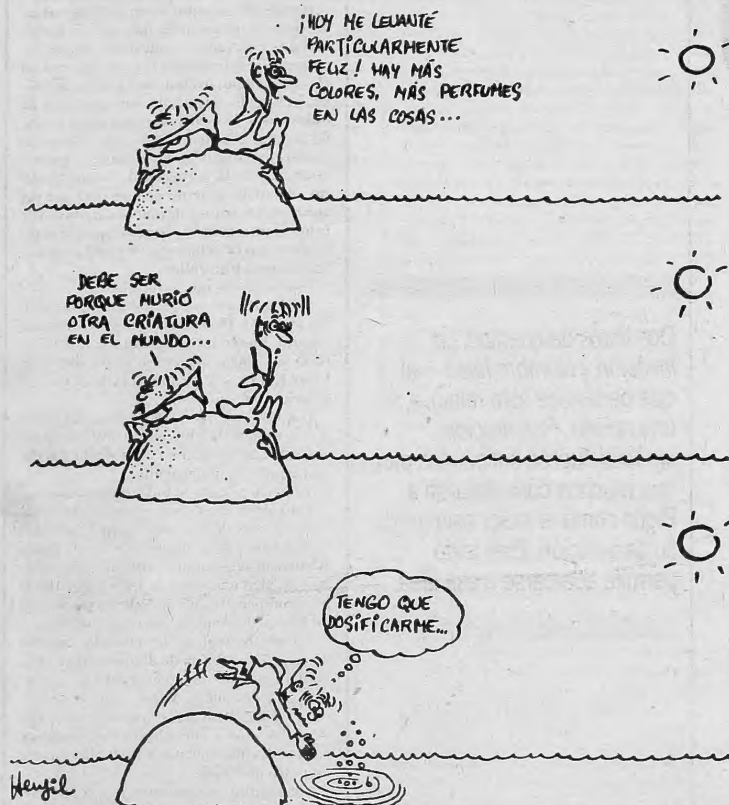


CHOMBAS
REMERAS
BUZOS
Y JOGGING

CHIOZZA Y QUERINI
HOTEL LUZ Y FUERZA
Local 2 y 3 — San Bernardo

LOS MONJITOS

Por HENFIL



GARAY EDICIONES

JUEGOS

15 "TRANSFORMACION"

Cada palabra se transforma en la siguiente por cambio de una sola letra. Al final todas las letras de la primera palabra resultan "transformadas". Como ayuda le damos tres letras ya colocadas.

DEFINICIONES

1. Enfermedad contagiosa y grave.
2. Mástil, mojón.
3. ... de Yatasto.
4. Orilla del mar.
5. Acción de cortar.
6. Adobe las pieles.
7. En lunfardo: roba.
8. Oficios eclesiásticos.
9. Ataque de rabia.

1					
2		O			
3					
4					
5					
6		U			
7					
8				I	
9					

15 "LA SOPA DEL 7"

Encuentre los nombres de 7 términos comerciales, que pueden estar escritos en horizontal, vertical o en diagonal tanto al derecho como al revés.

15 "NUMERO OCULTO"

Deduzca en cada caso un número compuesto por cuatro cifras distintas que no puede empezar con 0, a partir de los intentos que aquí aparecen. En la columna B (de bien) indicamos cuántos dígitos tiene ese intento en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

1					B	R
					4	0
	3	1	9	8	0	3
	4	6	7	2	0	1
	5	3	9	0	1	0
	7	2	8	1	0	3

2					B	R
					4	0
	1	4	0	6	2	0
	2	4	6	8	0	1
	2	9	3	8	2	0
	3	5	7	9	0	2

SOLUCIONES

14

"TRANSFORMACION"

PUNTA
PINTA
CINTA
CANTA
MANTA
MALTA
MALLA
CALLA
CALLO

"LA SOPA DEL 7"

M	A	N	R	G	T	R	E	S	L
R	O	S	E	A	G	O	P	E	
O	M	T	I	R	Z	E	A	I	
C	O	T	O	R	N	A	E	R	
B	N	D	R	E	C	Z	S	O	
E	I	P	A	R	O	O	R	O	
R	B	N	E	C	H	T	O	B	L
R	A	A	G	O	P	I	E	T	
U	S	E	M	R	E	N	T	R	
N	N	E	L	I	C	S	E	E	
T	U	N	O	Z	A	R	O	S	
P	T	E	A	R	S	F	O	R	F
T	H	E	C	U	R	E	S	M	I

"NUMERO OCULTO"

1. 3012
2. 2761